

Monseñor Félix Henao Botero

Por René Uribe Ferrer

Treinta años de existencia de nuestra Universidad. Treinta años durante los cuales vuestro desvelado y constante esfuerzo ha seguido el magno crecimiento de la obra y colaborado en él. Y de ellos, los últimos veinticinco al frente de la Rectoría del Alma Mater, bien merecen que hagamos un alto en el camino y meditemos unos momentos en la labor cumplida y en la que falta por realizar.

Comenzó como el esfuerzo de un reducido grupo de profesores y alumnos en un local tosco y pobre. Pero la fuerza del espíritu y la magnitud del ideal suplieron la limitación de los medios materiales. Hoy tenemos una obra gigante por el número de profesores y alumnos y por la variedad de facultades y escuelas; pero, ante todo, por la solidez de su organización, la profundidad y riqueza de su enseñanza y el carácter inagotable de sus aspiraciones. Tenemos, en una palabra, una Universidad.

La Universitas magistrorum et scholarium surge en la Edad Media, en el siglo XII, como la culminación del esfuerzo por crear centros encargados de recoger, asimilar y transmitir el legado cultural de las generaciones pasadas. El hombre, creado por Dios como animal dotado de espíritu, ha elaborado durante milenios todo ese conjunto de creaciones que compendiamos con el nombre de cultura. Ha indagado por el significado del enigma del universo; ha penetrado, con doloroso placer, en el secreto de su propio ser; y ha ascendido, con su razón vivificada por la gracia, hasta el misterio de la causa primera, del Dios inefable. Ha construído así las ciencias particulares, de la naturaleza y del hombre; ha expresado su intuición de la totalidad del misterio del universo en el arte y en la filosofía; y ha recibido la revelación divina para adentrarse en ella por las vías de la sagrada teología. Ese es, en síntesis, el campo de la cultura. Y esta, el objeto, la razón de ser de la Universidad.

NOTA — Discurso leído por su apor en el Paraninfo de la Universidad al conferirse al Señor Rector el grado Honoris Causa en Filosofía y Letras.

Desde el siglo XII hasta hoy la Universidad, como todas las manifestaciones de la vida espiritual humana, ha progresado a veces, ha retrocedido otras, ha sido objeto de desviaciones o ha vegetado estacionariamente. Pero mirada en conjunto su historia durante ocho centurias, es evidente el progreso y el enriquecimiento cultural.

Vale la pena recordar la estructura de la universidad medioeval. Cuatro facultades la formaban: Artes, Teología, Decretos y Medicina. La primera comprendía las siete artes liberales (gramática, retórica, dialéctica, aritmética, música, geometría y astronomía), pero las siete armonizadas bajo la dirección de la filosofía. Quien aprobaba esta primera etapa de estudios podía seguir cualquiera de las tres restantes; o sea dedicarse a la teología, o a las ramas prácticas de la Jurisprudencia o de la Medicina.

Tras la técnica de esta organización podemos captar el sentido medioeval de la cultura. En el primer plano, las ciencias particulares; sobre ellas, como síntesis, no como mera suma, la filosofía, que da sentido de unidad al conocimiento humano; y sobre la filosofía, salvaguardiándola de error e iluminándola con la gracia de la revelación, la teología. O, expresado el mismo problema desde el punto de vista existencial, la naturaleza al servicio del espíritu humano, y éste al servicio de Dios.

Tal el ideal, por lo menos. ¿Se logró? Ningún ideal puede lograrse plenamente en este mundo, ni puede lograrlo el hombre, criatura limitada y que carga y cargará las consecuencias del pecado heredado. Pero sí fué el inspirador de cuanto más noble y alto nos legó la Edad Media. Los siglos posteriores han acertado cuando han intentado completar ese legado, y el prodigioso desarrollo de las ciencias naturales y humanas en los últimos quinientos años, muestra el paulatino progreso de la Universidad y el enriquecimiento de la herencia medioeval. Pero esos mismos siglos han fallado al intentar prescindir de la teología como la ciencia de las ciencias y centro de unificación de la cultura. Cuando ello ha ocurrido, el resultado ha sido el del hombre descentrado y caótico. En los veinte años que han seguido a la última guerra mundial hemos conocido, como pocas veces en la historia, lo que es ese hombre descentrado y caótico.

Sin embargo es preciso evitar las generalizaciones excesivas. Es una visión histórica falsa, por recortada, la que pretende que la cristiandad alcanzó su mayor plenitud en el siglo XIII, y que lo que ha venido ocurriendo desde el Renacimiento hasta hoy es el repliegue de la verdadera Iglesia y el paulatino avance de la herejía, la incredulidad y el caos. Al contrario, un análisis imparcial y completo de la historia moderna, muestra que el cristianismo auténtico ha ganado en extensión, intensidad y profundidad, si se mira la humanidad en conjunto, y que Renacimiento, Reforma y Revolución (las tres fatídicas **erres** de algunos apologistas) son, a pesar de sus errores más o menos graves, fenómenos radicalmente cristianos.

Por lo tanto la Universidad ideal debe ser la que aúne el espíritu teológico y sintético de la Edad Media, con el sentido científico y analítico de la investigación moderna. La que llene las ciencias de espíritu, porque son en realidad creaciones espirituales aunque su ob-

jeto pueda ser material, y la que haga avanzar la filosofía y la teología paralelamente con las ciencias naturales y humanas, pero sin supeditarlas a estas. Tal es el ideal de las universidades católicas. Tal la aspiración de nuestra Universidad Pontificia Bolivariana. Tal fue la intención de sus fundadores, y tal ha sido, a través de treinta años, el ideal que ha sostenido vuestro esfuerzo, Monseñor. En síntesis, todos han querido, todos hemos querido la constitución de una sede del humanismo cristiano.

Esta universidad tiene cuatro facultades técnicas y cinco facultades humanísticas. Pero aquellas quieren estar plenas de sentido humano y cristiano de la vida, y las otras no pueden divorciarse de las ciencias particulares, ni en sus métodos ni en su investigación. Aspiramos, pues, a realizar el ideal de la *universitas* por el que la humanidad lucha desde hace ocho siglos, y que no es un fin en sí sino el medio para lograr el avance de la cultura. Para que el hombre sea más culto y por ello más humano. Y el humanismo pleno no ha de lograrse sino iluminado y vivificado por la doctrina de Cristo. Esa ha sido la meta de vuestros esfuerzos, y la de todos los que con vos han colaborado en esta ingente obra durante estos treinta años.

Pero el hombre, con sus aspiraciones infinitas, y sobre todo el cristianismo, a quien fue propuesto el imperativo categórico inalcanzable de ser perfecto con la perfección del Padre celestial (Mat. 5, 48), no mira hacia el pasado para solazarse vanidosamente en él sino para intensificar su impulso de renovación y progreso. Si damos gracias a Dios por lo logrado en los veinticinco años de vuestro rectorado y en los treinta de existencia de nuestra Universidad, pedimos también humilde y esperanzadamente su ayuda para que la obra que hemos de continuar, y la que han de continuar las nuevas y las futuras generaciones, no sea indigna del legado recibido sino que realice un avance y una superación.

Entre tanto, es obligación nuestra, de todos los bolivarianos, reconocer y honrar vuestros méritos, vuestra constante abnegación, vuestros desinteresados servicios, con este doctorado en Filosofía y Letras. Porque ya son varias las generaciones de colombianos que han recibido de vos la enseñanza sencilla y certera y profunda que les ha abierto las puertas del pensar filosófico y el amor a las grandes figuras del pensamiento cristiano y universal. La filosofía y la teología que vuestro espíritu bebió desde la adolescencia en las fuentes eternas de Roma, no fueron escondidas bajo el celemín, con recato egoísta, sino que se alzaron en alto para iluminar a los que a través de los años hemos sido vuestros discípulos. Recuerdo, y recordaré siempre con gratitud imborrable, que de vuestros labios escuché las primeras palabras que me abrieron las puertas del estudio de la filosofía, de la que he seguido siendo un humilde siervo. En mi nombre, y en el de todos vuestros discípulos, que Dios os pague.

Este diploma firmado por el Consejo Directivo y aprobado por la autoridad suprema de la Santa Sede, es el testimonio de la gratitud de la Universidad Pontificia Bolivariana para su Rector; para quien ha sido el alma y el nervio del instituto. El que ha creado la mayoría de sus facultades y el que ha mantenido, como amalgama de las mismas,

la filosofía perenne y la teología cristiana que la vivifican. Y ha expresado esa filosofía y esa teología en páginas en que brilla nuestra hermosa lengua española.

Nada de lo dicho puede sonar a adulación. Vos, como sacerdote del Altísimo, sabéis más que nadie que sólo somos instrumentos de Dios. Frecuentemente habéis meditado el salmo de David (61, 12): "Una cosa dijo Dios: estas dos oí: Que es de Dios el poder, y tuya, Señor, la gracia". Es Dios el que obra por nosotros, como sus instrumentos libres y predilectos, pero es El la fuente de todo bien, y es nuestra limitación y nuestra naturaleza caída la causa del mal. Los que conocemos vuestra humildad profunda y vuestra absoluta confianza en Dios, sabemos que, con el corazón o con los labios, habéis repetido frecuentemente la enseñanza del Maestro: "Cuando hicieris estas cosas que os están mandadas, decid: Somos siervos inútiles; lo que teníamos que hacer, eso hicimos" (Luc. 17, 10). Como Juan el Bautista habéis murmurado repetidamente: "Preciso es que El crezca y yo mengüe" (Jn. 3, 30). Y como sacerdote habéis hecho vuestras las palabras de Pablo: "Al Dios solo sabio, sea por Jesucristo la gloria por los siglos de los siglos" (Rom. 16, 27).

Porque los que hemos tenido el don inestimable de vuestra amistad, sabemos que el sacerdocio ha sido el sentido y la meta de vuestra vida toda. Al servicio de Dios, como mediador entre El y los hombres, habéis consagrado todas vuestras fuerzas y dones naturales, elevados y transformados por la gracia. Para ser mediador, sacerdote, os habéis consagrado durante casi cuarenta años a la enseñanza de la juventud; para ello habéis predicado y escrito sin dar descanso a la voz ni reposo a la pluma; para ello habéis renunciado muchas veces al legítimo descanso y a los goces legítimos a que todo hombre tiene derecho. Si habéis fallado a veces, y habéis fallado, porque todo hombre está sujeto al pecado, la humildad y el amor a Dios os han vuelto a levantar hasta El, y os han magnificado con el mérito de la superación. Mientras llegue el día, ojalá lejano, en que habréis de recibir de Dios el premio que El tiene reservado para los que le sirven, aceptad de vuestros agradecidos discípulos y de esta Universidad que es en gran parte obra vuestra, el homenaje de este diploma.